

X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2018.

# Una reflexión sobre la dimensión del poder en la constitución de las masculinidades.

Campo, Claudia Inés, Marchisio, Silvina Alejandra y Baglione, Florencia Graciela.

Cita:

Campo, Claudia Inés, Marchisio, Silvina Alejandra y Baglione, Florencia Graciela (2018). *Una reflexión sobre la dimensión del poder en la constitución de las masculinidades*. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-122/87>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewym/9kr>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# UNA REFLEXIÓN SOBRE LA DIMENSIÓN DEL PODER EN LA CONSTITUCIÓN DE LAS MASCULINIDADES

Campo, Claudia Inés; Marchisio, Silvina Alejandra; Baglione, Florencia Graciela  
Universidad Nacional de Mar del Plata. Facultad de Psicología. Argentina

---

## RESUMEN

Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación Consolidado: "Análisis de la incidencia de las relaciones de poder en la construcción de las subjetividades masculinas y femeninas desde el psicoanálisis con perspectiva de género", de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de San Luis. En este sentido, el varón ocupa el lugar de ideal promoviendo adhesiones a un modelo de masculinidad hegemónico con características de racionalidad, potencia, protección, hipersexualidad y proveedor, entre otras. A lo largo de la historia los varones han sido subjetivados para reprimir sus emociones, ser duros e inquebrantables. La fuerza de este estereotipo invisibiliza otros modos alternativos de ser varón, en un contexto actual en el que se cuestionan acuerdos que legitimaban las desigualdades entre los géneros masculino y femenino. Se asume que la articulación entre el psicoanálisis y los estudios de género - si bien se encuentran en una tensión permanente - constituye una perspectiva teórica que enriquece la comprensión de la subjetividad de varones y de mujeres.

## Palabras clave

Poder - Masculinidad - Psicoanálisis - Género

## ABSTRACT

SOME CONSIDERATIONS ON THE NOTION OF POWER IN THE FORMATION OF MASCULINITY FORMS

This work is part of the Consolidated Research Project: "Analysis of the Incidence of Power Relations in the Construction of Male and Female Subjectivities from the Combined Perspective of Psychoanalysis and Gender", from the Faculty of Psychology of the National University of San Luis. The purpose of this work is to address power relations within the patriarchal culture. It analyzes the status of man as the human paradigmatic axis that puts women in the otherness sphere. In this context, men occupy an ideal place, as it promotes support of a hegemonic model of masculinity with characteristics of rationality, power, protection, hypersexuality and provider, among others. Throughout history, men have been subjectivated to repress their emotions, to be hard and unshakable. Today, the strength of this stereotype invisibilizes alternative ways of being male at a time when agreements that legitimized inequalities between men and women are questioned. Although in constantly tension, the articulation between psychoanalysis and gender studies is assumed to be a theoretical perspective that enriches the understanding of the subjectivity of men and women.

## Keywords

Power - Masculinity - Psychoanalysis - Gender

El objetivo de la presente comunicación es abordar las relaciones de poder al interior de la cultura patriarcal. Se analiza el lugar del varón como eje paradigmático de lo humano que ubica a la mujer como la otredad.

Se asume que el patriarcado constituye una forma de organización política, económica, religiosa y social que adscribe a los varones la idea de autoridad y de liderazgo. Se trata de una organización en que los hombres ocupan la mayoría de los puestos de poder y dirección, mientras que las mujeres son oprimidas y explotadas. De modo más amplio, constituye un sistema de dominio, presión y represión que se ejerce sobre las personas en general, sean mujeres u hombres, basado en una definición cultural de la femineidad y de la masculinidad, que impide a los seres humanos realizar todas sus capacidades potenciales. Volnovich (2012)

La estructuración de las culturas patriarcales colocó al varón como eje paradigmático de lo humano y a la mujer como la otredad, el objeto, "el continente negro" (Freud, 1933). No se destacó la positividad de la diferencia sino que se devaluaron las características que la separan del sujeto varón que ocupa el puesto de ideal. En el caso de los varones, la adhesión a-crítica a los modelos de masculinidad vigentes, atenta o vuelve difícil la visualización de representaciones alternativas a los caminos habituales, que transforman contingencias históricas en los únicos modos posibles.

Se considera necesario referirse al concepto de masculinidad como representaciones colectivas cambiantes a lo largo de la historia y de las regiones del planeta, pero que hasta el momento se han encuadrado dentro del sistema de género polarizado y jerárquico. Es decir, que la masculinidad no implica referirse a una esencia de origen biológico.

Bourdieu (2000) sostiene que si la relación sexual aparece como una relación social de dominación, es porque se constituye a través del principio de división fundamental entre lo masculino, activo, y lo femenino, pasivo, y ese principio crea, organiza, expresa y dirige el deseo. El masculino como deseo de posesión, como dominación erótica y el femenino como deseo de dominación masculina, como subordinación erotizada o incluso en su límite, reconocimiento erotizado de la dominación. Las divisiones constitutivas del orden social conducen a clasificar todas las cosas del mundo y todas las prácticas según distinciones reducibles a la oposición entre lo masculino y lo femenino. Corresponde a los hombres situarlos en el campo de lo exterior, de lo oficial, de lo público, del derecho, de lo seco y de lo alto. Sin embargo, a la mujer se la ubica en el campo de lo interno, de abajo, de la curva y de lo continuo.

La concepción de poder presente en el discurso psicoanalítico es cuestionada por Foucault (1976). Considera que Freud en algunos escritos entiende el poder como algo exterior que se opone a la

sexualidad, ocasionando diversos padecimientos psíquicos.

El éxito y la eficacia del poder dependen del ocultamiento de sus mecanismos. Afirma que nuestra sociedad ha creado y sostenido mecanismos de poder sutiles y finos, y esto es lo que propone des-enmascarar.

Para Foucault el poder es omnipresente, no por agrupar todo bajo su invencible unidad sino porque se está produciendo a cada instante, está en todas partes, circula en un juego de relaciones móviles y no igualitarias.

Las relaciones de poder no aparecen aisladas de otras tales como: económicas, de conocimiento y sexuales. En ese sentido las relaciones de poder generan diferenciaciones y desigualdades sometiendo no solo al que lo padece sino también al que lo ejerce. Es lo que hace que los seres humanos entren en relación unos con otros y no sólo para comunicarse bajo la forma del deseo, sino también para actuar sobre los otros y para gobernarlos.

Resulta pertinente señalar que el término subjetividad suele usarse de modo poco preciso, a veces como sinónimo de sujeto, otras como de psíquico o como subjetivo opuesto a objetivo. Es una noción teórica que implica la revisión de aquellas narrativas que vuelven sinónimos psiquismo y subjetividad; esta última sería interioridad en oposición a un mundo o realidad pensados como exterioridad.

Se parte de la idea que el modo de subjetivación es un constructo conceptual que enriquece la perspectiva teórica. Se refiere a la relación entre las formas de representación que cada sociedad instituye para la conformación de sujetos aptos para desplegarse en su interior y las maneras en las cuales cada sujeto constituye su singularidad (Bleichmar, S., 2005).

Hablar de producción de subjetividades femeninas y masculinas implica considerar cuáles son las propuestas identificatorias genéricas de la sociedad y cómo el sujeto organiza su singularidad. No es posible realizar este proceso por fuera de las propuestas sociales. En este sentido, no hay constitución del psiquismo por fuera de la producción de subjetividades.

El psicoanálisis con enfoque de género enfatiza la formación de la subjetividad a partir de la respuesta particular que cada sujeto produce a los mandatos de género, presentes en los ideales transmitidos desde la cultura.

El sistema sexo-género puede considerarse como un dispositivo social que interviene de forma definitoria en la constitución temprana de la subjetividad y que remite siempre a una categoría relacional.

La femineidad y la masculinidad son construcciones colectivas que contienen una compleja red de prescripciones y proscipciones para la subjetividad y la conducta de cada sexo.

Los estudios feministas develaron cómo la cultura patriarcal ha posicionado a los hombres en lugares sociales privilegiados, en medio de una lógica de la diferencia sexual que jerarquiza a los varones como más fuertes, más valientes, más inteligentes, más racionales y más creativos en la cultura. En cambio, para la mujer se reservó el lugar asociado a los cuidados de los otros y a la cualidad de sensibilidad, todo ello sería resultante del ideal maternal como constitutivo de su subjetividad.

En el caso de los hombres, la masculinidad se ha construido socialmente alrededor de un eje básico: la cuestión del poder. Han sido

descriptos como guerreros, genios, estudiosos, estadistas, obreros, políticos o artistas. Hablar del hombre era o es describir a la humanidad toda, y con un carácter neutral, como si la marca genérica no incidiera en sus descripciones "objetivas".

Se coincide con numerosos/as autores/as que dicho poder es ejercido por los hombres blancos, heterosexuales adultos, cuya masculinidad es hegemónica (Connell, 1991) quedando marginalizados los "otros" hombres. El constructo varón es un efecto sobredeterminado de la lengua, de la cultura, de los sistemas de parentesco, de dominio y del sexismo incluido en la bipartición de mujeres y varones.

Badinter (1992) rechaza la idea de una masculinidad única y hegemónica, ello implicaría que no existe un modelo masculino universal, válido para cualquier lugar y época, sino diversidad de masculinidades. De este modo, la masculinidad no constituye una esencia, sino una ideología que tiende a justificar la dominación masculina, se aprende, se construye y por lo tanto se puede cambiar.

La hostilidad es entendida como una característica masculina. Dicha conducta es una de las más controversiales cuando se procura entrelazar hipótesis psicoanalíticas con teorías sobre la construcción social de la subjetividad masculina. Las primeras ponen el acento en los movimientos pulsionales y sus destinos, las otras enfatizan las formaciones culturales que inciden sobre la construcción genérica de los varones y su procesamiento de la hostilidad. Muchas teorías se apoyaron en argumentos de tipo biológico para caracterizar al hombre como genéticamente dotado de un mayor monto de agresividad. Estas perspectivas se consideran reduccionistas para la comprensión de la agresividad en los varones, ya que tratan de reducir fenómenos complejos como el de la agresividad a un único modo de explicación: aquella enraizada en factores que hacen del cuerpo biológico, el principal sustento para comprender las problemáticas humanas. (Burín y Meler, 2000).

Aleotti (2004) destaca que en el modelo masculino imperante, el macho de la especie es visto como el dominador y la hembra como la dominada. A pesar de todos los cambios que se han dado en los últimos años esta visión aún persiste como algo natural. Sostiene que la diferencia biológica entre los cuerpos masculinos y femeninos puede ser mirada como una justificación natural de la diferencia socialmente construida entre los géneros y de la división sexual del trabajo. La naturaleza receptiva de la mujer fue históricamente considerada señal de debilidad y de inferioridad. Por otro lado, la naturaleza activa del hombre representada por su cuerpo y sus movimientos en el acto sexual, le dio el derecho de erigirse como el dominador. El cuerpo como construcción social está cargado de significados antropológicos y cosmológicos, por ello el pene concentra en él todas las fantasías colectivas de potencia fecundadora. El significado atribuido al órgano sexual masculino en cuanto a su fuerza creativa y de poder, se transfiere a los vínculos sociales con la intención de brindar un fundamento que justifique las relaciones de poder entre los varones y las mujeres.

En el papel de dominador el varón tiene que probar su virilidad de diversas maneras. Es una tarea constante que lo acompaña toda su vida. También la virilidad está asociada con la agresividad. De este modo, ser hombre es ser agresivo, no tener sentimientos o por lo menos no demostrarlos. La subjetividad masculina todavía

está construida sobre este modelo, en donde ganar dinero, tener poder sobre los otros y triunfar en lo competitivo es lo que determina los ideales sociales masculinos. Lo biológico y lo cultural se confunden durante el proceso de socialización masculina e impiden poder hacer cualquier tipo de reflexión sobre el significado de ser varón. Aleotti destaca que para Freud el sexo masculino es la forma original y natural, hasta la pubertad considera que existe un solo sexo de base.

Numerosos autores psicoanalíticos consideran que el llegar a ser masculino es mucho más complejo que el llegar a ser femenina. La dificultad reside en que el niño precisa, en su fase edípica, mudar el carácter receptivo - pasivo de su relación primaria con la madre para el logro de una relación de objeto basada en la genitalidad, donde lo que se destaca es la descarga así como la penetración agresiva y activa.

En acuerdo con S. Bleichmar (2006) se considera que la teoría fálica ha operado como un obstáculo epistémico, al sostener que la sexualidad masculina, basada en la presencia del pene real, recorre un camino lineal. Así el psicoanálisis ha afirmado que el niño varón conserva el objeto primario junto con el órgano de origen, en una continuidad que se muestra hoy poco fecunda. Durante más de un siglo se sostuvo la ilusión que la teoría sexual de la masculinidad freudiana no ofrecía grandes interrogantes ni estaba abierta a cuestionamientos.

La autora sostiene que desde hace algunos años, la clínica marca las insuficiencias de las teorías ante nuevos modos de ejercicio de la sexualidad, que señalan los límites de una práctica sostenida en enunciados que ya registran poco alcance para la transformación de los fenómenos que se viven en tiempos actuales. Considera que el descubrimiento freudiano de la angustia de castración es insuficiente para analizar los pacientes de hoy. Según la mirada de Bleichmar, la ecuación pene = virilidad es un punto de partida, no de llegada, que se despliega de múltiples formas en una sociedad en la cual, para aludir a la fórmula freudiana hoy vigente, dinero = potencia ocupa un lugar más importante que pene = potencia.

Se considera imperiosa la tarea de deconstruir las teorías freudianas gestadas en una ideología determinada y avalada por la comunidad científica, revisando de modo crítico el acento puesto en la diferencia sexual anatómica.

1. Bleichmar afirma que en los comienzos de la vida y antes que el recién nacido tenga conciencia si es varón o mujer y mucho menos tenga noción de que eso pueda corresponder a atributos de su anatomía y a un conjunto de actitudes comportamentales, la existencia de otro humano introduce una sexualidad de carácter pre-masculino o pre-femenino, más allá de la definición biológica o de género que ese adulto tenga.

Fridman (2000) plantea que la rigidez y al mismo tiempo la fragilidad con que se construye la masculinidad social por ser reactiva a la femineidad, produce situaciones de sufrimiento que se podrían denominar "el malestar de los varones". Esto se evidencia en la clínica como una crisis con modalidades narcisistas. El apartamiento con respecto al ideal cultural de la masculinidad provoca en muchos sujetos efectos psíquicos que pueden ser devastadores, como por ejemplo lo que sucede con los desempleados que se sienten

menos hombres por no tener trabajo.

La interrogación acerca de si se cumple con los atributos de lo que se considera masculino, se traduce en el permanente cuestionamiento sobre qué es ser varón, de cómo cumplir con lo que en el imaginario se define como masculino y que ha sido consagrado como un ideal.

Si bien los hombres detentan el poder, permanentemente surge por parte de ellos la sensación de fragilidad y muchas de las maniobras defensivas, que se observan, ponen en juego en la vida adulta la necesidad de comprobar una y otra vez que siguen ocupando ese lugar de privilegio.

La polaridad de los géneros que marca la cultura fuerza al varón a negar la dependencia para convertirse en el género fálico y por lo tanto detentador del poder. El niño varón necesita conseguir una sensación de plenitud y la obtiene mediante su masculinidad y la posesión de un pene. Esta situación simboliza su independencia y distanciamiento respecto de la madre.

A modo de conclusión

Los estudios del género varón ubican al hombre en tanto tal, como construcción socio-histórica ligada a un sexo determinado, en el mundo de lo público. Investigar la masculinidad como tema no es sólo un gesto teórico, es también un desafío ético toda vez que se entiende que las prescripciones de género, al distribuir lugares -habitualmente dicotómicos- establecen relaciones de poder.

Se considera que la actualidad es una época propicia para el estudio de la condición masculina vinculada al agotamiento parcial de los valores de la modernidad, una de cuyas características fue o es el establecimiento de categorías generales y universalizantes.

La existencia de relaciones de jerarquía y exclusión determinan tensiones dentro del plano social. La asimetría que ejerce el modelo genérico imperante no es total, sino que genera resistencias, sobre todo por parte de aquellos sujetos, grupos y organizaciones que no coinciden con la lógica hegemónica. Esta situación se traduce en un sufrimiento de los sujetos individuales inmersos en la trama social.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aleotti, R. (2004). La masculinidad ¿construcción social o acontecimiento natural?. En Alizade, A., Araujo, M. Gus, M. (comps.) (2000). *Masculino - Femenino. Cuestiones psicoanalíticas contemporáneas*. (pp. 66-71). Buenos Aires: Lumen.
- Badinter, E. (1992). *XY La identidad masculina*. Buenos Aires. Alianza.
- Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2009) El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo. Buenos Aires. Topia.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Burin, M. y Meler, I. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Connell, R.W. (1991). Sexualidad y proceso Social, en teoría y en la construcción de heterosexuales masculinidades, documento de trabajo, programa para el estudio de las masculinidades.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Fridman, I. (2000). La búsqueda del padre. El dilema de la masculinidad. En Meler, I. Tajer, D. (comps.). *Psicoanálisis y género. Debates en el foro* (pp. 283-298). Buenos Aires: Lugar.

Volnovich, J. (2000). Generar un hijo: la constitución del padre. En Meler, I. Tajer, D. (comps.) (2000) *Psicoanálisis y género. Debates en el foro*. (pp. 233-255). Buenos Aires: Lugar.